

—¿Y le enterraron?

—Sí, hija, como á todos los que se mueren. Por cierto que la viuda, cuya alegría no encontraba otro borde más que el temorcillo de que su marido volviera por arte de birli-birloque á darla alguna tunda más, cuando salió el entierro de la iglesia con direccion al Campo Santo, no teniéndolas aun todas consigo, decía á los que llevaban las andas:

—«Desviadle del castaño,
No suceda lo de antaño.»

Y ahora sí que se acabó el cuento... y están tocando á misa.

V

LA SOGA ARRASTRANDO

LA SOGA ARRASTRANDO

I

Unos le querían bien y otros le querían mal; pero todos convenían en que era buen mozo.

Alto y derecho como un pino, blanco y colorado de la cara, apuntándole apenas el bozo, porque todavía no había entrado en quinta, pero ya desarrollado y fuerte, era Marcelo el muchacho más guapo del lugar, sin disputa ninguna.

Así es que, en cuanto se presentaba los domingos por la tarde en el baile con un pañuelo frances en cada bolso de la chaqueta, asomando las puntas, un ceñidor de estambre azul y verde sosteniendo el pantalon de corte y un sombrero calañés con vueltas de terciopelo y dos motas de seda monumentales, una en el ala y otra en la copa, ya nadie miraba

más que á él, y si acaso, á la afortunada muchacha con quien le tocaba bailar, que *casualmente* solía ser Juliana, la hija del tío Juan de Asturias.

La repetición de esta casualidad iba haciendo pensar á la gente que Marcelo debía de tener una miaja de afición á Juliana, á la cual por esta causa tenían ya las otras mozas una envidia muy grande, mientras que las personas formales y sesudas no andaban lejos de compadecerla.

Porque es de advertir que Marcelo no tenía del todo buena fama. Era hijo de viuda, y estaba por consiguiente muy mal educado, pues ya se sabe que donde no hay barbas no hay vergüenza, y que cuando no huele la casa á hombre, los mozalbetes se van haciendo desde luego libertados y cholondrines, para llegar á desenfrenados y disolutos.

La pobre tía Roja, que así llamaban en Fontanal á la madre de Marcelo, débil como mujer y como madre, y especialmente como madre que por haber perdido al padre de sus hijos, concentra en éstos su cariño con más intensidad; en vez de mandar y hacerse obedecer, solía disputar con su hijo mayor, cuando era todavía un renacuajo, sobre si se había de hacer esto ó lo otro; y, es claro, sacadas las cosas del terreno de la autoridad y lle-

vadas al de la discusión, Marcelo se salía siempre con la suya.

Y como la suya no solía ser buena, fué el rapaz progresando en la malicia, de modo que á los diez y ocho años salía ya todas las noches de ronda, y andaba como un loco de ventana en ventana, llenando á las pobres mozas la cabeza de viento.

Ademas, un invierno, en el tiempo muerto para la labranza y para el monte, se empeñó en irse á trabajar á las minas de Berosa, donde había ingleses protestantes, y trajo de allá buenos cuartos, pero también trajo malas ideas, tanto, que una noche, en una franquichela, se le escapó decir á otros dos mozos que no era necesario confesarse.

Los dos mozos quedaron escandalizados al oírle aquella barbaridad, y con tal vehemencia le afearon el dicho, que viendo él lo mal que les había sentado, trató de remendar, asegurándoles que lo decía en chanzas.

Peró uno de los mozos se lo contó luego á su madre, la cual, despues de prohibirle terminantemente volver á juntarse con Marcelo en todos los días de su vida, se lo contó en reserva á alguna otra mujer, y así, poco á poco, se fué rugiendo hasta llegar á oídos del señor cura y á los de todo el vecindario.

Así le empezó á Marcelo la mala fama, que

él, por su parte, no trató nunca de destruir, sino que se obstinó en confirmar lastimosamente.

Por eso, cuando se vió ya con claridad que Marcelo se inclinaba á Juliana y que á ella no la enojaba esta inclinacion, había quien se lastimaba de ella sin reparo.

—Milagro será que bien la pinte—decía la tía Francisca la Redondina;— porque ese muchacho anda por ahí todas las noches como gallo sin cabeza, y los que principian muy temprano á ventanear (1) suelen ser los que se casan más tarde ó no se casan nunca.

No faltó gente maliciosa que supusiera que en los tristes augurios de la tía Francisca había tanto de envidia como de caridad, cuando menos, porque la tía Francisca tenía dos hijas, y la malicia se daba á sospechar que si Marcelo se dirigiera á alguna de ellas, no había de escupirle.

Ya se verá más adelante que esta suposicion era injusta.

La tía Francisca se compadecía sinceramente de Juliana, igual que otras buenas mujeres del lugar, y tenían razon para ello.

Juliana era guapa, pero era muy pobre.

(1) Hablar con las mozas por las ventanas.

Su padre, á quien llamaban Juan de Asturias, no porque se apellidara así, sino porque era asturiano, había venido de Villaviciosa con el oficio no muy socorrido de tacholero, que está un grado por bajo del de zapatero remendon, se había enamorado de una sajabriega tan pobre como él, que estaba de criada en la taberna, y se habían casado sin tener más que el día y la noche. De modo que Juliana tenía el dote en la cara, como solía decir su madre, pero no tenía otro.

Y como el hijo de la tía Roja era uno de los mozos más ricos del lugar, pues tenía muy buenos cachicos de prado y de tierra, no parecía natural que se fuera á casar con la más pobre, y era, en cambio, muy racional el temor de que la pobre Juliana iba á perder el tiempo.

¡Ay! ¡Pluguiera á Dios que no hubiera perdido nada más!

II

La infeliz muchacha se llegó á enamorar ciegamente de su galanteador. La buena figura de Marcelo y su gran disposicion, así para trabajar como para jugar á los bolos, luchar y tirar la barra, pues lo mismo en sus labores que en las diversiones era el primero siempre, la tenían del todo sorbido el seso.

Más de un año anduvo dándose pisto de novia formal, presentándose en todas partes muy hueca y muy ufana de pensar que la tenían envidia las otras.

Pero después dió en no salir de casa, ni á misa. Se dijo al principio que estaba enferma, luego se habló de ella al escucho y con misterio una temporada, hasta que por fin ya se dijo raso por corriente que Juliana se había desgraciado.

Entonces lloró mucho, no tanto quizá por haber faltado á sus deberes y haber perdido la gracia de Dios y la estimacion del mundo, como porque Marcelo comenzó á escasearla las visitas y acabó por retirarse completamente de su casa.

Tuvo un niño, que Marcelo no quiso reconocer, lo cual fué ya para ella el colmo de la amargura.

Algunos parientes de Marcelo, movidos á compasion de la muchacha y áun de él mismo, pues temían que, empezando tan mal, no podía acabar bien, le predicaron mucho para que pagara su pecado y reparara el daño, en lo posible, casándose con Juliana y legitimando de este modo á su hijo; pero todo fué en vano.

Marcelo no podía oír hablar de Juliana, que le parecía ya la mujer más mala, la más tonta y hasta la más fea del mundo.

Sabía el refran que dice que «para ante el enemigo, más vale la neguilla que el trigo», y tomando por enemigos á los que bien le aconsejaban, se agarró á la *neguilla* con gran obstinacion, jurando y perjurando que él no había tenido nada que ver con Juliana, añadiendo que ésta era una bribona que andaba con unos y con otros, que á saber de quién sería el niño, y otras cosas tan injustas como éstas, que nadie le creía, pero con las que él pretendía disculparse, aunque en realidad no hacía más que echarse tierra á los ojos, y añadir al pecado de la deshonestidad el de la calumnia.

Llegó la quinta, de la que no estaba libre Marcelo por su calidad de hijo de viuda, pues tenía otro hermano de diez y siete años. La mayor parte de la gente no deseaba otra cosa sino que á Marcelo le tocara ir por soldado, para que no siguiera dando escándalo en el pueblo. Su misma madre, la pobre tía Roja, á quien la desgracia de Juliana había afligido más que á nadie, tenía momentos de desesperacion en que decía que ojalá le tocara el número primero, para no volver á verle delante de sus ojos. Sólo Juliana, que conservaba todavía la esperancilla de que Dios le tocara en el corazon y de que al fin se casara con ella, deseaba para él un número de los más altos.

Y en esto se cumplió el deseo de Juliana, pero no en lo otro. Porque á Marcelo le tocó efectivamente el número penúltimo; pero lejos de pensar en casarse con Juliana, comenzó con inaudito descaro á pretender á otras.

La primera á quien se dirigió fué Josefa, la mayor de las hijas de aquella tía Francisca que se compadecía de Juliana.

Y el caso'es que á Josefa la gustaba mucho Marcelo, porque era tan buen mozo y de carácter tan alegre, y luego tambien era rico, y todo lo había que mirar; en fin, que por ella no hubiera quedado; pero en cuanto su madre advirtió aquella naciente afición, se la quitó, diciéndola: «No, hija mía, no; de ese no te acuerdes, que no te ha de faltar con quién casarte: ese mozo lleva la sogá arrastrando, y el día menos pensado la pisa.»

Con lo cual Josefa, que era una muchacha buena y obediente, siguió el consejo de su madre, sacrificando su gusto y cerrando su corazón á piedra y lodo contra los ulteriores galanteos de Marcelo.

Otras calabazas le dió Petra, la del cabeceo del puente, tambien por consejo de su madre, la tía Felipa, para la cual, lo mismo que para su convecina, era indudable que á Marcelo le tenía que suceder alguna desgracia.

III

Marcelo, sin embargo, por lo mismo que la conciencia le acusaba de su mal proceder, se empeñaba en quitar hasta la posibilidad de la reparacion, casándose cuanto antes, y despues de otras varias tentativas comenzó á pretender á Clara, la hija del tío Manuel de Solacueva.

La pobre Clara ya no tenía madre, y como el mozo la gustaba, y como ella iba siendo ya entrada en años y tenía miedo á quedarse para vestir vírgenes, pues ni su presencia ni su caudal eran para enamorar mucho, y como por otra parte su padre, lejos de detenerla, la animaba, porque le parecían muy bien los prados y las tierras de Marcelo, fué haciéndole caso poco á poco.

No la gustaban las historias de Juliana; pero como Marcelo lo negaba todo con tanta formalidad, y como somos tan fáciles en creer aquello que nos agrada, Clara llegó á creer, ó por lo menos á creer que creía, que Marcelo no había tenido arte ni parte en aquel desgraciado suceso, sino que había sido víctima de un mal querer, y cuando alguno la hablaba mal de Marcelo fundándose en aquella

historia, decía la pobre muchacha con aire de convencida: «¡Dichoso el que paga sin culpa!»

Una tarde, al volver de la fuente, la salió al encuentro Juliana con el niño en los brazos, y la dijo:

—¿Con que te vas á casar con Marcelo?

—No lo sé—contestó Clara tímidamente.

—¿Que no lo sabes?... Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se estila... Pero te advierto que si te casas, tan buena serás tú como él... Mira, aquí tienes á su hijo, que es su retrato; mírate en este espejo... ¡Ya se vé! como nunca nadie te ha dicho qué haces ahí, ni nunca te volverías á ver en otra!...

Ello fué, que aún cuando Clara trató de evitar el escándalo y no quiso entrar en contestaciones, Juliana se fué tras de ella á la calle abajo dando gritos y poniéndola de la ley cansada.

No se desanimó Clara por ésta ni por otras escenas desagradables de la misma índole.

Sus relaciones con Marcelo fueron tan bien, que en una de las primeras noches del mes de Junio se hicieron los tratos, quedando convenido que se casarían un mes más tarde, cuando volvieran los carros de la carretería de San Juan, de la que había de traer Marcelo el pan y el vino para la boda.

Al día siguiente se fué Marcelo al monte,

cortó un roble, comenzó á cercenar y descortezar maderos, y un día labrando, otro serrando, otro deshilando, otro azoleando, al fin de la semana tenía preparada una cuba de diez y seis palmos que llevaba la vista.

El 14 de Junio por la tarde se despedía Marcelo de Clara, y salía con otros ocho ó diez compañeros para la feria de Valladolid, cada uno con su carro cargado de madera, pensando volver á los veinte días con cargamento de trigo y de vino.

Es ésta una expedicion anual obligada de los pobres montañeses que no pueden vivir con los productos solos de la agricultura y de la ganadería, expedicion penosa por tener que caminar á la intemperie y al tardo paso del carro, pero de la que sacan alguna utilidad, y en la que tambien se divierten cuando venden bien y les hace buen tiempo.

En la que voy contando se divertían mucho embromando á Marcelo con la novia.

Al doblar la última esquina para salir del lugar, Marcelo había echado una mirada muy expresiva á Clara, que estaba todavía á la puerta, mirada que, segun la interpretacion del compañero que la sorprendió, quería decir: «¡Ya verás qué felices vamos á ser!»

Aquella mirada fué la comidilla de todo el camino.

IV

A los cuatro días despues de San Juan, volvían ya los carreteros de Fontanal muy contentos, cara á la montaña.

La feria había andado buena, se habían vendido las cubas de á diez y seis á cuarenta y cinco duros, las de á catorce á cuarenta y así sucesivamente, bajando cien reales en cada tajo. Marcelo y sus compañeros habían vendido en la feria, pero habían tenido que ir á entregar la madera á Villabañez, y allí mismo habían envasado: traían buen vino y dinero sobrante, de modo que volvían satisfechos y alegres.

Soltaron para la siesta en una alameda á la orilla del Pisuerga, cerca del puente de Cabezon, y, cuál antes, cuál despues, todos se fueron echando á dormir, menos Marcelo, que dijo que tenía mucho calor y que iba á bañarse.

Los otros durmieron á la sombra largo y tendido.

Cuando comenzó á caer el sol, el tío Froilan, que era el más viejo y el que hacía de mandon en la carria, comenzó á despertar á los que todavía dormían dándoles prisa para uncir.

—Pero ¿dónde está Marcelo?—preguntó al ver que no estaba unciendo sus bueyes.

—Dijo que se iba á bañar y no ha vuelto—le contestó otro;—á lo menos yo no le he visto.

—Id á llamarle—replicó el tío Froilan;—se echaría á dormir al salir del baño.

Fueron dos hacia la orilla del río y no parecían volver. Llegaron tambien los demas, y todos contemplaron llenos de terror el desnudo cuerpo de Marcelo que flotaba ya rígido al pelo del agua.

.....
Pocos días despues se contaba la desgracia en Fontanal y en los demas pueblos del contorno, con espanto de los que la oían y no sin temor de los que la contaban.

Bien me acuerdo yo de oirla referir en Villanoble con estas mismas palabras que creo que no se me olvidarán nunca:

—¿No sabe usted la noticia triste que tenemos allá?

—No, no sé nada. ¿Qué es?

—Que Marcelo, el de la tía Roja, se ahogó en Campos... Se fué á bañar á un río, y cuando le fueron á buscar los compañeros le encontraron ahogado.

—¡Jesus! ¡Qué desgracia!... Morir así... ¡Dios mío!... Pero ¿cómo fué? ¿No sabía nadar?

—Sí, señor... ¿Nadar?... Los peces le tenían á él envidia. Nadaba grandemente. Pero... ¡Qué quiere usted! Llevaba la soga arrastrando, y la pisó el pobre.

VI

EL BOBO DE LA FERIA

EL BOBO DE LA FERIA

I

—Anda, anda, deja ya la rueca por esta noche, y amáname algo para la fiambreira, que mañana muy temprano marchó para Mansilla.

—Pero, hombre, ¿á qué vas á Mansilla?

—Ya te lo he dicho, mujer: á la feria, á ver si vendo la burra ó la cambio.

—¿Quién te ha de dar nada por ella? ¿No ves que es más vieja que la sarna en Asturias?... Y luego con aquella oreja colgando, y tuerta de un ojo, y del otro tampoco vé apenas...

—Pues así y todo la he de vender, si Dios quiere, ó la he de cambiar por otra mejor. ¿No has oído decir que en cada feria hay un bobo? Pues malo será que yo no dé con él, y le enjergue la burra nuestra, y me traiga la suya ó su dinero.

—¡Sí; por fuerza vas á ir tú á dar con el bobo, en caso de que le haya, que no siempre le habrá, por más que lo digan!

—No, de que le hay no te quede duda: los refranes no mienten. El caso es buscarle ó acertar á dar con él; pero para eso tengo todo el día por mío.

—Todo el día podías estar sembrando, ahora que está buen tiempo... Sabes que marchándote tú, el criado tampoco hace labor de preste...

—Deja, mujer, que más días hay en el año.

—Y todos son necesarios para mantener á estos hijos queridos, sin guardar más fiestas que las que Dios y la Santa Madre Iglesia nos han puesto.

—Bueno, bueno: déjame de retóricas y prepara la fiambra, no seas boba: mira que, si no, me iré á comer un guisadillo picante á uno de aquellos tabernáculos que ponen en medio de la plaza, y te sale peor la cuenta. No se puede menos de vender ó cambiar ese pobre animal que ya no sirve...

—Para nosotros sirve bastante... Para llevar el pan á la siembra y volver despues á llevaros la comida...

—Tú misma acabas de decir que es vieja y que no ve. El mejor día tropieza y...

—Tú sí que vas á tropezar con otra peor;

pero, en fin, qué te haremos... siempre te has de salir con la tuya.

—Siempre no; pero lo que es ahora, si he de decirte la verdad, no estoy dispuesto á perder la feria por nada del mundo.

—Pues Dios quiera que bien te pinte...

Así hablaban Angel y Vicenta, marido y mujer, en Javares, el 10 de Noviembre por la noche, vispera de San Martin, que es el primer día de los tres que dura la feria de Mansilla.

Vicenta, convencida de lo inútil de sus retóricas, como decía su marido, dejó la rueca, y se puso á hacer una tortilla con magras, mientras Angel, al agradable ruido de la sarten, se durmió en el escaño.

Cuando Vicenta concluyó con todo esmero la operacion, despertó cariñosamente á su marido, diciéndole:

—Ya lo tienes aquí todo preparado: mira, en esta alforja va el pan y la fiambra con la tortilla, y en esta otra un poco de vino en la cestella. ¿Para qué has de dar cuartos á las figoneras teniéndolo en casa?

—Claro; si es lo que yo te decía, mujer...

Y los dos se fueron á acostar muy unánimes y conformes.

Al día siguiente al rayar el sol iba Angel Pastrana meneando las piernas en la burra, camino de Mansilla.

Junto á la ermita que hay á la salida del lugar se encontró con un vecino del otro barrio, Melchor García, con quien había quedado apalabrado el día antes, y los dos siguieron en amor y compañía.

Pasaron por Riego del Monte, el pueblo de las dos mentiras, porque ni tiene monte, ni riego, y allí se les unieron otros dos amigos que también iban á la feria. Todos se las prometían muy felices.

—¿Vas á vender la burra, ó á cambiarla?— le dijo uno de los de Riego al bueno de Angel.

—¿Yo? á lo que primero me salga: lo mismo me da á cuestras que al hombro.

—¿Sabéis lo que os digo?—añadió Melchor dirigiéndose á todos sus compañeros;—que no os metáis á tratar con los gitanos.

—¿Por qué?—le replicó su convecino.

—Porque yo siempre he visto que todo el que se enreda con ellos sale maldiciendo su fortuna; ó le espulgan, ó le engañan, ó...

—Porque todos los que se han enredado con ellos habrán sido unos simples; lo demas, los gitanos son hombres como nosotros, y en cuanto á eso de engañar en los cambios... donde las dan las toman. Figúrate tú que no vean la nube que la está saliendo á la mi burra en el ojo izquierdo, y la tomen por

tuerta siendo casi ciega, verás si les engaño yo á ellos también.

—No te arrimes á ellos, Angel, que has de salir cardado.

—Eso, sí ó no, como Cristo nos enseña.

En éstas y otras, se hallaban ya al pié de los cubos de la antigua muralla, y un momento despues, dentro de la villa de Mansilla de las Mulas, que este apellido lleva por las muchas y buenas que allí se venden.

II

Lo primero que hicieron Angel y sus amigos fué almorzar, pues aunque habían echado la parva al salir de casa, en dos leguas de camino siempre se hacen ganas de tomar un bocado. Á más de que aun cuando no tuvieran muchas, en algo habían de emplear el tiempo.

Cuando concluyeron de almorzar, ya los gitanos habían puesto en correcta formacion su mercancía, á una orilla de la carretera de Adanero á Gijon, que atraviesa la villa de Sur á Norte.

Es maravillosa la educacion que los gitanos logran dar á los burros. Les ponen en apretada fila contra una pared, y allí se están sin moverse. Cuando quieren sacar uno para po-

der exhibirle mejor, le tiran de la cola, y el animal se deja arrastrar hacia fuera.

Le montan, le pasean y le alaban para embaucar al infeliz que va á tratar en él, y si al fin no se llega á hacer trato, le dan cuatro palos y se vuelve á la fila.

Muy entretenido es presenciar en una feria los tratos de los gitanos, de esa familia rapaz de halcones, como los ha llamado Zorrilla; pero es al mismo tiempo desagradable y triste ver cómo engañan y despluman á los incautos labradores, á ciencia y paciencia de las autoridades.

Viven los gitanos del robo y del pillaje. Zorrilla lo ha dicho igualmente, en la preciosa descripción que hizo de ellos al comenzar sus *Cuentos de un loco*, de donde recuerdo entre otras, esta octavilla:

Por doquiera que el olvido
Buena ocasion les ofrece,
Lo olvidado desaparece,
Lo perdido halla señor;
Y al punto, tal metamórfosis
Sufre el objeto adquirido,
Que ya no es reconocido
Por su antiguo posesor.

Cuando el olvido no les ofrece buenas ocasiones, aparte de los hurtos y los robos, su

ocupacion favorita es hacer cambalaches en las ferias, y ventas tambien; pero son más aficionados á los cambios, exigiendo siempre dinero encima.

«Más vale mal cambio que buena venta», dicen ellos; porque de este modo les queda el dinero que les dan encima, poco ó mucho, y les queda la res buena ó mala, que á ellos poco les importa que sea mala ó buena; el caso es que sirva para hacer otro cambio aunque sea por otra peor, sacando arriba otros cuantos duros.

—*Er año pazao*—decía una vez una gitana á otra, yendo precisamente para la feria de San Martín—*noz pintó á nuçotro exña feria mu bien; çacamo serca de sien duroç y noç quearon laz miçmaz beztiaç.*

Este es el ideal del gitano, hacer dinero sin disminuir la piara...

El pobre Angel que no había leído á Zorrilla, ni había querido hacer caso de los santos consejos que le daba Melchor por el camino, apenas acabó de almorzar se fué hacia los gitanos, como va el pajarillo hacia la culebra.

—*Quiuçté cambiá la bucha*, amiguito?—le dijo el primero que le vió.

—No hay inconveniente—contestó Angel, echándose las de hombre corrido:—si me da usted otra mejor y dinero encima...

—*Eza* palabrita *ez mia*, compare. ¿Qué dinero le van á *uzté* á *dá*, ni *ensima*, ni *embajo*, por ese animalito *ansiano*, tuerto de un ojo y con una nube en el otro?... Lo de darle á *uzté* otra mejor, *ezo zí* corre de mi cuenta... tengo yo aquí *pa uzté* una bucha de *eztampa* y de *rezplandó* que va *uzté* á *vé*.—¡Gallarda! ¡fue-ral!—gritó el gitano, tirando del rabo á una burra enorme que obedeció y salió de la fila.

Un muchacho, como de doce años, montó en seguida en ella y salió por la carretera á trote largo, mientras el gitano principal decía á Angel, que ya no apartaba los ojos de la burra:

—¿Vé *uzté*, amiguito? *izi ezo ez grorial*... *jezo ez* un *animá*, y no *eza* *probesita* *mizeria* que trae *uzté* ahí!...

Veinte minutos despues, iba ya Angel á reunirse con sus compañeros montado en la burra grande del gitano, por la que había dado la suya y tres duros.

Satisfecho en gran manera del cambio, y deseoso como iba de contar su triunfo, al llegar á los Caños de Gracia, le salió al encuentro un gitanin de cinco ó seis años, medio desnudo, sin más ropa que una camisa sucia y unos trapos negros de pana que habían tenido forma de pantalones: el chiquillo comenzó á decirle medio cantando:

—¡Ajá! *jezo* quería yo! *jeza* bucha no vale

ná! *jeztá* la *probesita* *amuermá* y *ze* va á *moril*... *tooz esto* *z dia* *z* la daba mi *pade* agua con harina, y *hasía* *azi*, *azi* (el niño hacía aquí movimientos maxilares remedando una deglucion dificultosa) porque no lo *pué* *pazá*...

—¿Oyes esto?—le dijo Angel á Melchor, que acababa de reunírsele.

—No hagas caso: lo dice para que vuelvas á cambiar otra vez.

—¡Quiá, hombre! ¿Este niño había de tener malicia? No; yo no llevo esta burra: vuelvo á ver si la cambio.

—Habrá que dejarte por imposible—le dijo Melchor con tristeza.

Volvió Angel á enredarse con los gitanos, y tras de otro rato de charla, dejando la burra que le acababan de dar y otros dos duros, salió dueño de un borriquillo de menos talla, pero al parecer mucho más listo.

—¡Ajá! *jezo* quería yo!—volvió á cantarrearle el rapacín gitano en el mismo sitio;—¡qué maja ez la bucha!... *jeze* buche no vale *ná!*... *jeze* buche *etá* siego er probe, y *é má* viejo que Matuzalen!

Pero esta vez ya Angel no escuchó la voz de aquella sirena andrajosa. Ató el burro con los de sus compañeros, comió con éstos cuando fué hora, y con ellos á media tarde echó á andar para casa.

Al sentido de las otras caballerías, y por el antiguo *Camino Ancho* de Mansilla á Valencia, que era llano como la palma de la mano, el burro de Angel llegó á Javares á buen paso sin dar un tropezon siquiera.

Con lo cual excusado es decir que Angel llegó á casa más hueco que un azucarillo.

—¡Vicenta! ¡Vicenta!—gritaba apeándose á la puerta del corral,—abre, y verás si he ganado con ir á la feria. ¡Mira—continuó cuando su mujer abrió la puerta,—mira qué burro más hermoso traigo!

—No parece malo—dijo Vicenta;—pero también te habrá costado buen dinero.

—No tanto como vale, ni con mucho. Sólo por cien reales, porque la nuestra burra nada valía. Ya ves...—Al decir esto, Angel, muy lleno de satisfacción, arreó al pollinejo, que marchó de frente; y como no estaba en derechura á la puerta, llegó á dar con la cabeza en la tapia.

—¡Jesus! ¡Si estará ciego!—dijo toda alar-
mada Vicenta.

—Calla, mujer, no seas tonta—replicó su marido;—¿qué ha de estar ciego, si ha venido como una exhalacion todo el camino?

—¿Pues cómo no ha visto la puerta?

—Es que habrá querido ir á rascarse. Ya verás cómo vé de sobra.

Y diciendo esto, Angel, que había cogido el burro de cabestro hasta meterle dentro del corral, le soltó y le echó por delante; con tan mala fortuna, que el animal, en lugar de encaminarse á la cuadra, que estaba padiente, fuese á dar contra uno de los postes que sostenían el corredor, un fuerte testarazo.

—¿Todavía dirás que no es ciego?—exclamó Vicenta.—¡Dios mío! ¿Por qué habrás traído esto para casa?

—¡Es que se ha distraído!—decía Angel, mientras su mujer sacaba un puñado de cebada en un cribo, y con cuidado de no agitarlo para que no rugiera, se lo ponía al burro delante de los ojos.

El burro no hizo por comer.

—¿También ahora se distrae?—dijo Vicenta.

—Puede que no tenga hambre—replicó Angel tímidamente,—como quien se va convenciendo del chasco, pero sin querer dar su brazo á torcer todavía.

Entonces Vicenta meneó el cribo, haciendo sonar la cebada, y el burro estiró el cuello instantáneamente, y se puso á comer con tal ansia, que parecía que iba á tragarse cribo y todo.

—¿Qué dices ahora?—exclamó la mujer de Angel, no con el aire de triunfo del que acier-

ta, sino con el tono doliente de quien quisiera más haberse equivocado;—¿qué dices ahora?

—No sé, mujer, no sé qué diga... parece cosa del enemigo... pero si efectivamente es ciego, no tengo más remedio que volver á la feria mañana.

III

Angel y Vicenta tuvieron aquella noche un poco de espellique.

Las últimas palabras de Angel habían causado en su amada consorte un efecto desastroso.

Eso de que al día siguiente hubiera de volver su marido á la feria á dejar por allá otros cuantos duros, la desazonaba todavía más que la ceguera absoluta del animalucho que Angel acababa de atar al pesebre.

La pobre Vicenta no habría oído en su vida lo de que nunca fueron buenas las segundas partes, pero lo adivinaba.

Y lo que ella decía...

—¡Tanto trabajo como cuesta ganarlo, y has de ir mañana á tirar otros cinco duros, como los tiraste hoy sin ningun lucimiento!

—La verdad es que hoy no me pintó muy bien—la contestaba su marido;—pero Dios mejora sus horas...

—El que ha de mejorar eres tú. ¿Ves cómo

yo tenía razon? ¿No era mejor que te hubieras quedado en casa como yo te decía?

—Sí, sí, mejor era; pero ya... ¡qué le hemos de hacer!...

—No ir mañana, porque estoy segura de que vas á hacer algun otro cambalache que te cueste tanto como el de hoy, y vas á traer otra zarría peor que la que has traído.

—No, lo que es peor, no cabe.

—Tambien decías anoche que no cabía peor que la nuestra burra, y mira si cupo.

—Verdad es; pero por lo mismo no puedo menos de volver mañana á la feria. Bien lo conoces. ¿Para qué queremos ese animal en casa, ciego del todo?

—Para lo que queríamos la burra, que su servicio hacía, y por último, si no sirve ni aun para llevar la comida á la arada, le quitas el pellejo para cribos.

—¡Qué cosas tienes!...

—Así como así el cribo cerrado de la linaza está ya todo roto, y ademas nos hace falta una zaranda abierta para los garbanzos; que no me gusta á mí andar buscando las cosas por las eras de los vecinos...

—Mujer, no digas disparates. Porque te hagan falta cribos ó zarandas, ¿habíamos de matar un pollino tan listo y tan guapo? San Antonio le guarde...

—¿Pues no acabas de decir que para qué le queremos, y que no sirve?

—Bien, mujer; para nosotros no sirve, porque no vé; pero vuelvo á la feria y me le vuelven á cambiar los gitanos, porque á ellos les sirve lo mismo que si viera.

—Sí, para engañar á otro tonto como tú.

—Pues claro; lo mismo que me le dieron hoy á mí, se le darán mañana á otro que se descuide.

—Por eso no habías de ir, porque contribuyes al engaño.

—No, eso no; yo se le vuelvo á cambiar á ellos que me le han dado; despues allá... su alma en su palma, ó *sibi embuten*, como dice el señor cura (1).

—Lo que ellos se van á embutir es nuestro dinero, embutiéndote á tí en cambio alguna otra plepa.

—¡Cualquier día me vuelven á engañar á mí!... La verdad es que hoy ni siquiera se me ocurrió mirarle los ojos al burro. ¿Ibas tú á sospechar que fuera ciego un animal que corre y no tropieza? De los escarmentados nacen los avisados.

—Pues el mejor aviso es que no vuelvas...

(1) Le había oído Angel decir: *Sibi imputent*.

Y así por este estilo continuó la disputa gran parte de la noche, no llegando á pelotera grave y formal porque Angel y Vicenta eran ambos muy buenos cristianos y se querían mucho.

Por eso Vicenta, que aun era algun tanto mejor que su marido, acabó por ceder, y recordando aquello que la había dicho el señor cura cuando se casaron: «Vos, esposa, obedeced á vuestro marido», le preparó la alforja como el día anterior, para que al siguiente por la mañana volviera á Mansilla.

Angel madrugó mucho á buscar compañía por el lugar, y cuando la tuvo se volvió á su casa, aparejó el pollino, le sacó de cabestro fuera del corral, montó en él, y, despidiéndose de su mujer con un «hasta la tarde, si Dios quiere», partió detras del tío Andres Bermego, caballero en una interminable burra gañaona, al sentido de la cual iba el ciego tan listo.

—¡Dios te dé mejor suerte que ayer!—dijo Vicenta cuando Angel empezaba á alejarse á la calle arriba, y añadió dirigiéndose al compañero:—Tenga cuidado por Dios, tío Andres, tenga cuidado con ese.

Apenas salieron de poblado quiso el tío Andres empezar á cumplir el encargo de Vicenta, y pareciéndole que la mejor manera de cum-

plirle era apartar á Angel de los gitanos, comenzó á persuadirle que no se volviera á acordar de ellos.

—Sesenta y tres años tengo—le decía procurando convencerle,—más de cuarenta llevo viniendo á la feria casi seguidos, y todavía no he visto á uno que, en trato con los gitanos, haya salido ganancioso. No seas inocente, Angelin, no te arrimes á ellos ni en broma: mira que siempre se quedan con carne en las uñas.

—No descreo lo que usted me dice—le contestaba Angel;—pero el caso es que por esta vez no tengo más remedio que volver allá.

—¿Por qué?

—Porque ¿á dónde voy, si no, con este animal? ¿Se le he de meter á alguno de la tierra? ¡Dios me libre! Aun cuando diera la casualidad de que no le vieran el defecto, se me haría cargo de conciencia. Yo se le volveré al que me le dió y...

—¿Crees que te le va á recibir?

—Me dará otro por él... dando algo encima...

—Pues con lo que has de dar encima compra otro si puedes, y si no, mira: te paseas todo el santo día, ves la feria á gusto, y á la tarde te vuelves con el dinero y el pollino para casa. Apuradamente el pollino anda bien, y no sé qué mejor servicio te ha de hacer otro.

Aun no había acabado el tío Andres de decir que andaba bien el burro, cuando éste, que iba pegado á su compañera (la cual se orillaba del camino por huir de una laguna), tropezó en el mojon de una heredad y dió de hocicos, saliendo Angel por las orejas y yendo á parar al medio del charco.

—¿Qué le parece á usted el servicio que me hace el animalico?—dijo Angel al tío Andres sacudiéndose el agua.

—En verdad que éste no ha sido muy bueno, que digamos; pero ya te hará otros mejores, pues ni todos los días se ha de caer, ni hay caballería que tenga asegurado el no tropezar, por buena que sea.

—¡Qué poco ha tropezado la suya!

—Tambien tropieza algunas veces... y, en fin, yo por tu bien te lo digo, Angel; si no me quieres hacer caso, callaré la boca.

Pero no calló el tío Andres, aunque lo dijo. ¿Qué había de callar? Además de que le había hecho ese encargo Vicenta, era él de suyo un carrafuñas, muy amigo de sermonear á todos; así es que el sermón que iba echando á Angelin no concluyó hasta que se apearon dentro de los muros de la villa.

IV

Y pocos sermones habría echado el tío Andres más perdidos; porque el buenõ de Angel Pastrana, en cuanto entró en la feria se fué hacia los gitanos derecho.

—*Aõnde va er paizanita con eze bicho siego?*—le dijo el gitano del día antes.

—Porque usted me lo dió ayer así—le contestó Angel como enfadado.

—¡Ah! ¡yo ze lo dí á uzté?... Tanto ez verdá... pero no es siego, no crea uzté; ve poco, ezo zé, y á la tardesita ze le acorta la vizta mucho; pero siego no é; ¿ve uzté cómo ze eflende er animalito?

Y al decir esto le pasaba la mano por junto al ojo, haciéndosele cerrar, porque le tocaba en las pestañas.—De toaz maneraz—continuó el gitano muy amistoso,—*zi uzté ezta apenao con er buche, yo me queo con él otra ves, y no hay ná perdío. Nuzotros zomoz azin; la honraé ez lo primero. ¡Pué no faltaba máz, amiguito, zino que ze suera uzté dezcontento der hijo de mi mae que esté en la groria!... Ahí tiene uzté toaz miz beztiaz; ezcoja uzté la que máz le guzte, y zi quié uzté y evarze coza buena e verdá, ya zabe uzté, con un poquito e prata ze iguala... Ezcoja uzté ahí; no premita Dios que ni uzté ni naide*

diga en *jamá de lo jamaze* que le engañó ningún gitano... *unque no zea máz* que por el honor de la familia, que gana la vida *zirviendo á loz amigoz* como *uzté*...

Asombrado estaba Angel de aquella amabilidad y de aquellas protestas, y casi se creía en el deber de pedir perdon al gitano por los malos juicios que había hecho de él, y por no haber defendido á la clase contra las aseveraciones calumniosas de Vicenta y del tío Andres Bermejo, que sin duda hablaban mal de los gitanos sin haber tratado con ellos nunca.

Bajo el chaparron de finezas y excusas y gazmoñerías y alabanzas de aquel tunante comenzó Angel muy tranquilo y muy satisfecho á examinar la gitanil hacienda, recorriendo varias veces la fila en ambas direcciones, deteniéndose á ratos, ora detras de un burro mohino muy bien empelado, ora al par de una pollina rucia, alta y espabilada, no sin que se le fueran los ojos á cada instante tras de un macho burreño pequeñito pero muy redondo, que no estaba en la formacion, sino que, con un gitanete sobre el lomo, trotaba sin cesar de un lado á otro por la carretera.

—*Tamien ez mio, y de uzté zi le guzta á uzté máz*—dijo el gitano á Angel, conociendo sus aficiones.

—*¿Y cuánto vale?*—preguntó el jabariego.

—*Er buche de uzte y una onsita de oro... Pero ezo ez tóo gracia... ¡Tiene una sabiduría pa andá er mulito!...*

No le parecía caro el macho á Angel en diez y seis duros; parecíanle éstos, sin embargo, demasiado dinero para lo que él podía gastar y no se atrevía á ofrecer, temiendo que se diera el gitano por ofendido, si le ofrecía una morondanga.

Pero el gitano le instaba y le apremiaba para que ofreciera, aunque no fuera más que un abrazo, con lo cual fué animando Angel poco á poco y llegó á ofrecer cuatro duros tímidamente, pidiendo al gitano mil perdones, diciéndole que bien conocía que el exceso del macho sobre el pollino era mayor, pero que él no podía dar más, y sólo ofrecía así por complacerle, ya que se había empeñado en que ofreciera.

A pesar de todas estas cortesías, la primera determinacion del gitano fué escandalizarse y enfadarse mucho, maldiciendo el día en que había nacido, asegurando que se necesitaba la *pasiensia* de Jó pa tratar con lo *labraore*, que *dispresian* las criaturas que cría el Zeño tan hermosas como *aquer* mulito, y preguntando á Angel con mucho énfasis si creía que le traía *robao*, pa dejarse *ofresé* aquella miseria, etc., etc.

Angel siguió dándole mil excusas y diciéndole que perdonara, sin alargarse más en la oferta por eso; y cuando el gitano se convenció de que no subía, con no escasas protestas de que la bestia valía mucho más y de que no la derrotaría así si no fuera por la *nesesiá* de *haser argun* cuarto pa dar pan á los *churumbelillos*, le echó el buen provecho.

V

Quedóse Angel Pastrana como quien vé visiones, al encontrarse dueño de tan excelente cabalgadura por tan poco dinero; pasó el aparejo del burro al macho, dióle al gitano su ochentina, y, despues de recibir los parabienes de algunos feriantes que acudieron á ver el milagro, montó y salió al trote por la carretera, dirigiéndose hacia donde tenía las alforjas, á reunirse allí con el tío Andres Bermejo y otros convecinos.

—¡Hombre! ¿qué es eso, Angelin?—exclamaron dos ó tres á un tiempo, viéndole llegar tan bien montado.

—¿Qué ha de ser?—les contestó Angel muy sobre sí.—¡Pues... esto!

Y atando la nueva adquisicion á la rueda de un carro, contó á los presentes toda su aventura, y repitió luego á cada uno de los

demas amigos, segun iban llegando para comer, la relacion minuciosa de lo sucedido, escuchando de todos alabanzas del macho y de su buena suerte.

—Pero, hombre—le decía el tío Andres, al cual no le cabía del todo en la cabeza que el gitano se hubiera dejado engañar, ni menos que á sabiendas fuera tan generoso,—¿no tendrá algun alifafe oculto?

—No, señor, no; ya le ha visto el albéitar de Cabrerros, que no es rana, y el tío Pablo de Villavidel, que tambien entiende bastante, y no le han hallado ni tanto como esto (y señalaba lo negro de una uña); lo que sí me han dicho que es ya cerrado...

—De mollera lo serás tú si crees que puede haber quien dé por ochenta reales y un burro ciego, un macho sano, y nuevo por añadidura...

—No señor, nuevo no: está cerrado; dicen que tendrá catorce ó quince años, pero que puede servir otros tantos todavía.

—Yo lo creo. Si no tuviera otro defecto más que la edad, te podías dar con un canto en los dientes.

—Pues no parece que tenga otro.

Claro es que mientras estuvieron comiendo sus tortillas y estripando sus botos los de Javares, no hablaron de otra cosa que del cam-

bio de Angel y de la fortuna loca que había tenido, siempre que el macho no resultara con alguna mácula.

Sobre este punto concreto unos se inclinaban á creer en la posibilidad de que el macho saliera útil, otros se inclinaban á dudarlo; mas el tío Andres Bermejo siempre fué de opinion de que el burreño había de resultar al cabo una zarría inservible.

No podía menos siendo tan barato... y siendo un gitano el que le había vendido.

Pero Angel, que casi no comió de alegría, escuchaba las reflexiones pesimistas del tío Andres con cierta compasion, pues para él era ya indiscutible que el macho era una alhaja.

—Vamos allá, que las tardes ahora duran poco—dijo levantándose el tío Andres, á la hora y media de haberse sentado; y todos se pusieron en movimiento.

Angel, á quien el deseo de lucir el macho entrando en el lugar antes de oscurecer, prestaba desusada viveza, montó en seguida; pero, al echar á andar, se encontró con que el animal cojeaba de un pié hasta el extremo de no posarle.

—Se le habrá amortecido—dijo un vecino de los inclinados á pensar bien.

—O le habrá dado cambrio—añadió otro.

Al pobre Angel no se le cocían ya buenas berzas; pero el macho fué poco á poco posando la pata y cojeando cada vez menos, hasta que le cesó la cojera del todo.

Con lo cual respiró su amo y se volvió á quedar tan satisfecho observando que el mulito andaba grandemente.

Llegados al pueblo los de la feria, cundió entre los vecinos la noticia del buen cambio de Angel Pastrana, y no pocos acudieron en persona á enterarse del caso.

El afortunado aprendiz de chalan les refería á todos, loco de contento, los lances de la jornada, sin omitir ni áun el detalle de la cojera que había experimentado el macho al salir de Mansilla.

—¿Conque al salir de allá cojeaba?—preguntóle el tío Blas Corbillos, como quien trata de aclarar una sospecha.

—Sí señor, mucho—contestó Angel.—Pero en cuanto dió en andar se le fué quitando.

—Y cuando te le dieron ¿no cojeaba?

—No señor.

—¿Le tenían en la fila?

—No señor, le andaba corriendo un muchacho por la carretera.

—¿Y luego tú le tuviste parado?

—Sí señor, le até junto á las otras caballerías de acá.

—Y al salir cojeaba mucho... pues no me digas más. Lo que va á tener éste es una cojera en frío. Á la mañana no se mueve.

No le hizo á Angel buen cuerpo la profecía del tío Blas; pero quiso disimularlo para no asustar más á su mujer, que hartó lo estaba ella, y al otro día se levantó muy de mañana á ver el mulo y á tratar de llevarle al agua.

Mas ¡ay! la profecía del tío Blas se había cumplido al pié de la letra: el animalejo efectivamente no se podía mover, no posaba el pie ni poco ni mucho.

El disgusto de Angel fué tremendo; ¿qué le diría su mujer cuando se enterara? y lo malo era que tenía razon de sobra para reñirle. Había empezado por no hacer caso de sus consejos el primer día, y le había pintado muy mal; había seguido no haciéndola caso, é iba de mal en peor. ¿Quién había de escuchar á Vicente?... ¡Si haciéndole andar un ratillo dejara el macho de cojear como por la tarde!... Quiso Angel poner por obra este pensamiento, pero en hacer salir al macho desde la cuadra hasta la puerta de la calle, atravesando el corral, tardó un cuarto de hora. Era un desconuelo. Y luego, apenas apareció el macho cojeando en la calle, se extendió la mala noticia por el lugar con la velocidad... no preci-

samente del rayo, sino de cualquiera mala noticia, y comenzó á reunirse gente.

—¿No te lo decía yo—argüía contra Angel el tío Andres—que no te enredaras con los gitanos?

—¿Qué te dije ayer tarde?—le apostrofaba el tío Blas con aire de triunfo...—Pues eso no se cura nunca... De modo que no tienes más remedio que volver á marchar con él para la feria, hoy que es el último día, á ver si en el baratillo le cambias. Te costará trabajo llevarle hasta allá, pero ten paciencia. Le arrimas buenos palos por el camino para hecerle trotar y entrar en calor, á ver si cuando llegues ya no cojea. Pero allá tampoco le dejes parar un momento, porque en cuanto se enfríe vuelve á las andadas.

—A las *paradas* querrás decir—objetó el tío Andres.

—Bueno, como tú quieras—replicaba el tío Blas.

Y los concurrentes reían, y cada uno decía la suya.

Al ruido de los comentarios de la vecindad reunida junto á su casa, había salido ya Vicenta al postigo con un niño en el brazo á medio empañar y una niña desnuda, un poco mayor, agarrada á la saya.

Y era de ver la cara que puso la infeliz, no

tanto por ver el macho descuajaringado, como por ver á su marido resuelto á seguir el dictamen del tío Blas y marchar por tercera vez á la feria.

Trató ella buenamente de quitárselo de la cabeza repitiendo los consejos y las razones del primer día reforzados con el innegable mal éxito de los dos días anteriores.

Pero Angel estaba resuelto de verdad, y cerrando los oídos á las reconvenções de su mujer, antes de media hora echaba á andar con el macho en tres pies camino de Mansilla.

VI

La primera de las dos leguas le costó tres horas; pero la segunda la anduvo en hora y media; y segun le había predicho el tío Blas, al llegar al ferial ya el macho no cojeaba.

Llegó á eso de las doce; púsose de nuevo á tratar con los gitanos, que le fueron mostrando un centenar de borricos entre malos y peores, y, éste quiero, éste no quiero, eligió una burra de bastante buena presencia, por la que trocó el macho sin dar más que dos duros encima.

Fuése á juntar como otros días con los demas del pueblo que habían llegado á la feria más temprano, y con ellos, despues de haber

tomado un bocadillo, emprendió á media tarde la vuelta para casa montado en su pollina, que iba siempre la delantera.

—¡Qué bien anda esa burra, Angelin!—decía una vecina.—¡Y va delante como si supiera el camino!

—¿Quién dice que no lesabrá?—añadía otro.—Acaso será de Valencia, ó de Fresno, ó de cualquiera de estos otros pueblos de abajo... Como los gitanos lo corren todo...

—Al fin y al cabo has tenido suerte—le decía otro de los compañeros de feria.—Ese me parece que ha sido el mejor trato de los que has hecho en los tres días.

—Creo que sí—contestaba Angelin, lleno de satisfacción;—es una burra muy lista y muy maja, y anda que lo quema.

Antes de que se acabara de poner el sol llegaban al lugar, y se apeaba Angel á la puerta de su casa muy ufano llamando á su mujer y diciéndola:

—¡Mira! ¡mira! Ya puedes dar por bien empleados los tres días de feria. No digas que hoy no traigo cosa de gusto... Y no me ha costado más que el macho cojo y cuarenta reales.

—¡Jesus! ¡Esa es la nuestra burra!—exclamó Vicenta en cuanto se asomó á la puerta.

—¡Qué cosas tienes, mujer!—la dijo Angel

echándola una mirada compasiva, como si hubiera dicho un gran disparate.

—La nuestra es—insistió Vicenta,—la que llevaste el primer día...

—¡No seas loca, mujer, no seas loca! La burra nuestra que no podía con las vedijas y era parda... y ésta que es casi negra y tan fina de pelo...

—Porque la habrán esquilado; pero de ser la nuestra no se escapa.

—¿Y la oreja rota?—replicaba Angelin con aire vencedor;—¿y el ojo tuerto? ¿y la nube del otro?

—Mira—insistía Vicenta,—á mí no me vendas con endróninas, que esta burra es la nuestra todos los días. ¡Buchina! ¡buchina!—añadió enseñando á la burra un rebojo de pan, que el animal se acercó á comer confiadamente.

—¿Lo ves, hombre?

—¿Crees tú que no hay más burras que sepan comer pan que la tuya?

—Sí las habrá, pero ésta es la nuestra... Ahí viene el tío Andres. ¿Verdá usted, tío Andres, que ésta es la nuestra burra?

—Parecer sí lo parece—dijo el recién llegado;—pero la vuestra tenía una oreja caída, y ésta las tiene tan listas las dos...

—Eso digo yo—repuso Angel envalentonado con la favorable opinion del vecino;—pe-

ro esta mujer es tan necia, que, como se la ponga una cosa en la cabeza, no se la apea nadie. ¡Pues no había de ser esta burra la nuestra!... Vamos...

—Y lo es, lo es. Déjala ir á la cuadra... ¿á que se va derecha á su pesebre?

Angel dejó la burra en libertad, no sin un poquito de miedo de que Vicenta tuviera razon; y, en efecto, la burra se fué sin vacilar derecha al pesebre que había dejado dos días antes.

Realmente era la misma que Angel llevó á la feria el primer día.

Los gitanos, en el último cambio, le habían vuelto á dar su misma burra sin que la conociera. La habían esquilado; en la oreja rota la habían puesto un alambre; en el ojo tuer-to una lente de cristal oscuro, que la misma burra sujetaba apretando los párpados al sentir la molestia, y la nube del otro ojo se la habían teñido con humo de aceite de linaza.

—¡Ay, Angel—decía Vicenta á su marido, al ver que, despues de tres días de ir y venir á la feria y de hacer y deshacer cambios, había dejado por allá once duros para venir á quedarse con su misma burra.—¡Ay, Angel! tú asegurabas que en cada feria había un bobo: y creo que tenías razon, pero tú has sido el de ésta.

VII

CASTILLO DE NAIPES